

El Púgil y San Pancracio, de JUAN URIBE ECHEVARRÍA. Edit. Zig-Zag, 1966, 169 pp.

Dos ambientes engarzados.

Pedro Caucamán es un boxeador novato de peso pesado que forma parte de la delegación de aficionados de María Elena que viaja a Santiago a probar suerte en el campeonato nacional de este deporte. Lo esperable es que el ambiente de la novela esté constituido por los variados elementos y situaciones entre los cuales se desenvuelve el box. Pero aunque esto ocurre en un porcentaje suficiente, también se despliega a lo largo de estas páginas la presentación de un ambiente que podría llamarse de religiosidad popular. E incluso, de un modo larvario, se prefigura un tercer ambiente, el de los charlatanes y la *vega* santiaguina, que, sin embargo, no prospera.

Tal variedad ambiental podría hacer creer que éste es un ejemplar chileno de la novela picaresca. Pero no es así. Ya veremos por qué.

El medio propiamente pugilístico está montado en base de los entrenamientos en gimnasio, las peleas en el *Caupolicán*, el deambular de boxeadores y de gente que de algún modo se relaciona con ellos por bares y cantinas y, por último, por descripciones excelentes del público —y de sus reacciones— que asiste a este tipo de espectáculos. De un modo muy económico, el autor retrata de mano maestra el clima saturado de agresividad y expectación del público. Los gritos, pullas y reacciones instintivas de gente aglomerada dispuesta a ver en cada pelea algo inesperado, algo inesperado que no se sabe qué podría ser, todo esto queda aprisionado en este libro. Y las pifias y las reacciones o gestos inexplicables.

Cuando Pedro Caucamán tiene tiempo libre, deambula por Santiago. Es la primera vez que está en la capital y todo le atrae y le parece digno de contemplación. Pero de un modo muy repetido su atención se va centrando en manifestaciones de hechos religiosos. En esta preferencia suya, sin embargo, no hay nada de existencialismo católico —a la manera de las novelas de Graham Greene, por ejemplo— ni tampoco, abiertamente, hondura de sentimientos religiosos. Pero de un modo elemental y primario, Caucamán está inmerso en un ambiente de religiosidad armonizada con su raigambre y sentimientos populares, de nivel folklórico para el intelectual y el hombre refinado.

De dos pilares se afirma el narrador para presentar este segundo ambiente engarzado unitariamente con el anterior y no de un modo pegadizo o forzado.

El primero está dado por las características psicológicas del protagonista de la novela, Pedro Caucamán. Su psicología —no desarrollada, sino apenas bosquejada— no está caracterizada en absoluto por afanes religiosos. Tampoco presenta rasgos que repugnen la creencia. Más bien es un indiferente en estos asuntos. Pero casualmente —y este es el segundo pilar— el gimnasio en que le corresponde entrenar en Santiago está bajo el patronato de San Pancracio. La contemplación de una estatuilla deportiva del santo

le causa admiración y poco a poco se establece una creciente solidaridad entre ambos. Se entera de la vida del santo y sueña con él. Y al final de la novela cuando toma una decisión definitiva sobre su vida futura, se dice a sí mismo: "Alguien tenía que suspender su buena suerte. El signo de San Pancracio era el sacrificio... No quería saber nada con periodistas, ni con entrenadores, ni con nadie... Renunciaba al box. El era del norte... Allá quería volver... La pampa..." (p. 69).

La novela discurre así alternadamente entre lo pugilístico y la presencia de elementos religiosos. Mérito del novelista es haber podido compaginar lo uno y lo otro de un modo fluido y con autenticidad suficiente. Como el protagonista pertenece a la capa popular de la sociedad, populares son también aquí los modos de manifestarse el pugilismo y la religión.

Religiosidad popular.

Más que en la predisposición del protagonista o más que en la hondura de sus sentimientos, la religiosidad se manifiesta a través de la atención que Caucamán presta a los objetos y actividad de la vida religiosa. Esto está claramente dado en la novela. Desde las primeras páginas de la obra empiezan a hacerse presentes tales elementos: "Abrió una ventana. Desde el tercer piso del Hogar San Pancracio, Santiago le mostró, como otras tardes, un paisaje de torres, campanas y cruces ladeadas" (p. 9). A medida que se avanza en la lectura, continúa tal despliegue, aunque sea de un modo fugaz: "El ómnibus corría entre escenas que Caucamán hubiera querido apropiarse y demorar. En la Plaza Almagro un grupo de evangélicos, con uniforme, cantaba acompañándose de bandurrias y de guitarras" (p. 28). Y ya después del primer entrenamiento en el gimnasio, Caucamán compra una estatuilla de San Pancracio. Esta compra sirve para iniciar la atracción creciente que el santo ejercerá sobre él: "Había recibido una estatuilla del santo de piernas atléticas y calzado con zapatillas deportivas... Caucamán sacó, como primera conclusión, que San Pancracio..., daba la suerte y lo iba a ayudar en las próximas peleas" (p. 11).

Entre las páginas 94 a 98 se relata un sueño de Caucamán en el cual San Pancracio interviene para que gane una pelea que antes de la intervención del santo está perdiendo irremediablemente; se cuenta en versos, contenidos en una revista que el pugilista lee, la vida del santo y, por último su visita a la iglesia de Sto. Domingo "para ver a San Pancracio en su altar". Agréguese a esto que en las frases finales del libro identifica su destino al del santo y se tendrá el ciclo completo de sus relaciones con él.

Además de los tratos de Caucamán con el santo, se describe en el capítulo III la admiración con que el púgil escucha la peroración de un evangélico; en el capítulo IV, la curiosidad enorme con que se entera del culto por *Mari-nita* existente cerca del Club Hípico y en el capítulo final, una procesión de la virgen María en la iglesia de San Francisco. En esta iglesia se manifiesta ya, francamente, su involución completa que comienza en la indiferencia hasta llegar a la situación que es descrita así: "Caucamán rezó con fervor, agra-

deciendo la suerte de aquella noche. Prometió muchas cosas. Ir a la fiesta de la Tirana, en Iquique, rezar todos los días..." (p. 165). El proceso de intimación paulatina de la vivencia religiosa de Caucamán queda así cerrado. Tal proceso se origina en una simple casualidad, transcurre sustentado en una curiosidad por meras externidades y termina en una manifestación fervorosa de creencia afianzada por el convencimiento mágico de la ayuda que el poder de San Pancracio y sus iguales le han prestado.

El Protagonista.

Toda la novela descansa sobre el *protagonista*. Pero psicológicamente, Pedro Caucamán está bosquejado de un modo apenas suficiente. Más bien se narra omniscientemente su vida ejecutiva que su vida contemplativa.

Se deja constancia de su tenacidad. "Cuando los turnos del trabajo le combinaban bien, Caucamán lanzaba la pelota frente al cesto, horas enteras" (p. 19); de sus deseos enormes de conocer otras tierras: "Su ideal era recorrer mundo" ... (p. 20). "El vino a darse de trompadas para conocer Santiago. El box en sí lo dejaba frío. No tenía gran afición" (p. 64); pero sobre todo, se da noticia de su individualismo y tendencia a la contemplación: "Le gustaba el boxeo por lo que tiene de individual" (p. 20). "Esto tengo que verlo solo" (p. 59), "El templo comenzó a llenarse de gente para los oficios del mes de María. *Caucamán, enemigo de las multitudes y el bullicio*, depositó unas monedas en la alcancía de San Pancracio y salió a la calle..." (p. 136).

Con un protagonista, columna vertebral de la novela, de tales características y que experimenta la evolución expuesta aquí arriba, es imposible hablar, con algún rigor, de novela picaresca. La historia de personajes populares y la presentación de ambientes del mismo tipo no debe confundirse con lo picaresco.

Hay dos personajes secundarios que tienen características propiamente picarescas: el liviano Domínguez y el *Tirante*. Sobre todo el primero que ocupa mayor espacio en este mundo novelesco. Pero no por esto la novela adquiere ella el carácter de estos dos personajes secundarios.

Observación social.

Sin pretender sustentar tesis políticas o sociológicas, la novela constituye un ejemplar claro de obra de observación social. Dentro del conjunto humano descrito hay un estrato superior y otro popular. Aunque se señalan antagonismos entre ambos, esta situación está vista más bien como un mero hecho que como una pugna, y en ningún caso se contraponen beligerantemente. En ambos, por otra parte, hay personajes positivos y negativos.

A la esfera superior pertenecen el *delegado* que preside el grupo de aficionados nortinos y *Sonrisita* Gutiérrez, el entrenador de los mismos muchachos. Este último es presentado como un técnico amante de su profesión, capaz de entender a los pugilistas, aunque su celo y rigor marcados causen

molestias a sus pupilos. No hay, sin embargo, beligerancia entre entrenador y luchadores. Más bien una asociación que conviene a uno y otros.

El *delegado*, por el contrario, está visto como un simple traficante frío e interesado. Así, por ejemplo, los muchachos deben soportar un viaje interminable de tres días en tren para llegar a Santiago. Viajan en vagón de tercera clase pero "Jiménez, el jefe de la delegación, *que viajaba en primera*, los venía a visitar y les traía agua y fruta" (p. 26). Este distanciamiento del viaje, distanciamiento que marca claramente la diferencia de categoría existente entre delegado y dirigidos, se mantiene y acentúa en la capital: "Poco a poco y ante la escasa vigilancia del delegado, *que rara vez comía con ellos*, el grupo boxeril se fue dispersando" (p. 79). Esta actitud no varía ni siquiera en los momentos de triunfo: "Apareció, también, el delegado, pero se despidió pronto porque lo necesitaban en la entrada. No había tal. *El era muy elegante para alternar con sus boxeadores. Eso era todo*" (pp. 42-43). El móvil que impulsa al delegado a preocuparse mínimamente, aunque conservando las distancias, de su grupo, es revelado más adelante: "Ahora que las delegaciones estaban hechas tiras, los futres se hacían amigos para asegurar el viaje del año venidero" (p. 120). Y aquí aparece la palabra clave que es la que sirve de divisoria entre ambas capas: por una parte están los *futres* (el delegado) y por otra los *gladiadores* que los divierten o sirven a sus intereses.

Caucamán pertenece a la clase popular y también sus compañeros de delegación. Entre ellos reina una solidaridad propia de la gente que encara un destino y una suerte común. Pero el *Tirante* también pertenece a esta clase. Y será el *Tirante* y sus aliados quienes habrán de castigar brutalmente a Caucamán.

No existe, pues, el enfrentamiento cerrado de una clase contra otra. Pero hay conatos de tal choque en algunos pasajes. Esto surge, por ejemplo, cuando Caucamán lucha contra un contendor universitario: "Los de la platea se reían satisfechos y burlones. Arriba no se movía una mosca. La galería aceptaba la derrota del obrero de la pampa, muda, sin protestar" (p. 112). Domínguez —compañero de delegación de Caucamán— reflexiona así cuando otro boxeador sufre la humillante desestimación de una prostituta: "No hay que amargarse, Cancino. Estas pescadas siempre prefieren a los futres" (p. 129).

Origen de los estratos.

De un modo frecuente el autor hace referencia a la constitución mestiza de la clase popular frente al origen europeo de la capa dirigente. Hay aquí un poco la pupila de Mariano Latorre. Y otro poco de las funambulescas ideas de D. Pío Baroja. Las observaciones, sin embargo, están dadas como comprensión posible de la sociedad chilena y no como postura interesada o partidista. Sólo un par de citas para probar este aserto: "Dos oficiales, generalmente altos, rubios, *como pertenecientes a otra raza*, se saludaban ceremoniosamente" (p. 86); y cuando debe enfrentar a Coliñón, el pugilista universita-

rio: "Coliñón lo saludó correctamente, apatronado, con la mirada del gringo rubio al mestizo..." (p. 109).

La observación de lo nacional es tenazmente perseguida en esta novela. Como en un friso, el autor presenta de un modo muy acertado la descripción del nivel popular del país cuando se reúnen en el ring todas las delegaciones que competirán en el campeonato nacional: "Allí estaban todas las gradaciones del moreno nacional, desde el aceitunado húmedo de Chiloé y Valdivia al moreno seco, más rebelde al sudor, de la pampa salitrera. Tampoco faltaban los sanguíneos y agresivos del valle central, huasos de grandes canillas y mirar huidizo. Santiago proporciona un tipo de boxeador perfilado, de mirada fría y delincuente" (p. 30).

Funcionalidad del estilo.

Todo este mundo está presentado en un lenguaje directo, económico y fluido. No sobra una sílaba ni la pluma se detiene en adornos superficiales o en recargamientos innecesarios. La novela se capta como si se estuviera asistiendo a lo narrado sin que elementos verbales opacos se interpongan entre el lector y el mundo presentado.

Aunque es un detalle, conviene hacer presente que el autor eliminó casi completamente los anglicismos. Sólo quedaron en el léxico que aquí se emplea un mínimo de palabras extranjeras. El autor fue capaz de barrer con todos los términos extraños a la comprensión semántica del lector medio que tanta gente usa sin comprender ella tampoco lo que está diciendo. La lengua castellana es también, pues, capaz de plegarse al dinamismo del combate pugilístico sin que necesite aderezarse en tienda ajena.

El narrador ha tenido también la malicia de eliminar todo lo brutal y chocante de los combates singulares que describe. Hace resaltar en ellos más bien lo que hay de inteligencia y rapidez intuitiva que lo que hay de violento o zoológico. Presentado así el box se hace atractivo y obsesionante y es mérito alto del autor haber transformado en algo fascinante esta actividad que tanto desconcierta.

GUILLERMO ARAYA

La enseñanza de la filosofía en la Universidad Hispanoamericana, de José ECHEVERRÍA. Unión Panamericana, Washington, D. C. 1965.

Nos ha llegado a las manos, aunque con atraso, este interesante libro preparado a petición de la División de Filosofía y Letras del Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana. Su autor es el profesor chileno José Echeverría Yáñez, bastante conocido por sus excelentes ensayos filosóficos, quien trabajó algunos años en la Universidad de Puerto Rico habiendo retornado, según sabemos, para robustecer el Centro de Estudios